

## ¿Alimentos baratos?

# ES POSIBLE, PERO...

*Julio Mora Contreras*

En un artículo anterior (SIC Nº 488, sep.-oct. 1986) habíamos pintado un panorama nada halagüeño en relación a la alimentación de la población venezolana. Pero, si el presente alimenticio es ya de por sí precario, lo que el porvenir inmediato nos alumbrará no es menos desesperanzador.

De no haber un cambio en la política gubernamental, los precios de los alimentos tendrán que aumentar, aún más, para poder sostener una agricultura de costos elevados; los cuales, a la luz de las recientes medidas cambiarias y de la especulación que se le sumará, se dispararán en vertiginoso ascenso. De esta manera tendremos una suerte de espiral creciente de costos y precios sin que los salarios de los trabajadores puedan, ni remotamente, alcanzar estos últimos.

De allí, pues, que el reto más importante que enfrenta actualmente la política agrícola venezolana no es solamente, como algunos pudieran pensar, producir más alimentos, sino producirlos MAS BARATO para alimentar a las grandes mayorías nacionales que, debemos recordarlo, es también uno de los objetivos fundamentales de toda política agrícola.

Pero, en este punto del discurso sería pertinente hacerse una pregunta: ¿será posible producir en la Venezuela actual alimentos y materias primas para la industria, a más bajo precio, dadas las presentes condiciones económicas? La respuesta, como cabría esperar, admite ópticas diferentes. Empero, de una cosa podemos estar convencidos, no es con la política agrícola que desarrolla el gobierno como lograremos abaratar los alimentos.

Es claro que en Venezuela existen, técnicamente, posibilidades de producir a bajo costo; pero es necesario que exista, sobre todo, la voluntad política para lograr las transformaciones que evidentemente se requieren. De no ser así, todos los esfuerzos que se hagan no pasarán de ser disparos de salva.

En ese mismo orden de ideas, ha de admitirse que un programa cuyo objetivo sea como el que proponemos, deberá enfrentar muchos intereses, algunos de ellos lo suficientemente poderosos,

como para hacer palidecer al mismísimo poder del Estado.

Así las cosas, sería preciso establecer soluciones para el corto, mediano y largo plazo, porque los problemas agrícolas deberán ser resueltos de esa manera. Claro que no tenemos, ni mucho menos, la pretensión de presentar el "programa", sino más bien aportar algunas ideas para la discusión. Con esta reflexión en mente, vayan entonces a manera de sugerencia las siguientes proposiciones:

1. Importar Gobierno a Gobierno —desde donde se encontraren más baratos— las máquinas, instrumentos y materiales que se destinan a la producción de los bienes de primera necesidad: leche, huevos, cereales, etc. O, en su defecto, hacerlo con los componentes base de esas máquinas y el de otros insumos como insecticidas, fungicidas, abonos, etc. De esta forma se podrían vender a bajos precios a los agricultores; pero también implicaría fijar márgenes de ganancia a los industriales e importadores del ramo.

2. Apelando al riego podríamos hacer agricultura todo el año, programando las siembras y colectas a lo largo del mismo. Con ello se evitaría un pico único de cosecha que tan costoso resulta, pues requiere grandes inversiones en secadoras, silos, transportes, etc., que debe, al cabo, pagar el consumidor. Aquí se procede —acaso por afán imitador— como en los países que poseen las cuatro estaciones. Allí, el clima impone una sola recolección durante el año. Acá, no sólo no es necesario sino que es estúpido y dispendioso hacerlo así. Procedería, como primera medida, poner en funcionamiento, ciento por ciento, todos los sistemas de riego que existen en el país y luego, o concomitante, hacer una masiva inversión en riego para duplicar o triplicar la superficie regada actualmente.

3. Cesar, por los momentos, la ampliación de la frontera agrícola que tan cara resulta y que, obviamente, se traduce en mayores precios para el consumidor. Se debería, en vez de aquello, en-

tregar las tierras públicas, ya acondicionadas para producir, a los agrotécnicos y hombres del campo. Igualmente se debería expropiar las tierras privadas ociosas para dotar a aquellos que verdaderamente deseen producir.

4. Dar un giro de 180 grados a la actual política agrícola, de manera que se subsidien los insumos —pesticidas, semillas, inversiones en obras de riego y avenamiento, reproductores, etc.— para la agricultura, en vez de continuar aumentando los precios de los productos. Con aquella medida se incentiva a los agricultores más progresistas —técnicamente hablando, se entiende— y se mejorará más fácil y rápidamente el rendimiento por hectárea, única manera de bajar los precios a los consumidores, de lo cual estamos verdaderamente urgentes. Apelar a los precios como palanca productiva, en un país conquistado por los monopolios agrocomerciales y agroindustriales, no es sino auspiciar una loca y desenfrenada carrera de precios y costos que tarde o temprano se vuelve contra los productores del campo —particularmente pequeños y medianos— pero que siempre sumirá a la mayoría del país en una difícil situación, agravada por el bajo poder de reclamación que demuestran actualmente los sectores más desposeídos socialmente.

Los aumentos sistemáticos de precios a los productos producen, por otra parte, una presión sobre los precios de la tierra. Situación que va a beneficiar, esencialmente, a los grandes terratenientes y que, a la larga, conspira contra las inversiones en la agricultura, pues quien desee trabajar en esa esfera productiva deberá esterilizar una gran suma de dinero en la compra del terreno.

5. Aprobar una Ley —y hacerla cumplir— mediante la cual se pueden transformar las tierras del Sur del Lago de Maracaibo, a mediano plazo, de ganaderas a cerealeras, pues casi podríamos decir que es criminal mantener esa zona produciendo leche a razón de cuatro litros por vaca por día; sobre todo cuando la sociedad venezolana ha invertido en el saneamiento de esa zona, a

través del Estado, varios cientos de millones de bolívares. Esa comarca podría abastecer a muy bajo costo todas las necesidades de cereales del país pues, dada su feracidad, se obtendrían altos rendimientos por hectárea con muy poco gasto en fertilizantes. Ha de recordarse que la piedra angular de toda política agrícola —esto es, de la alimentación de un pueblo— la constituyen los cereales.

6. Establecer una red nacional de Mercados Mayoristas en zonas clave del país. A título de ejemplo, se podría incluir uno en cada una de las siguientes ciudades: Maracaibo, Maracay, Ciudad Bolívar; Barcelona—Puerto La Cruz y El Vigía) además del que ya existe en Barquisimeto. Claro que serían los estudios los que determinarían la ubicación correcta de cada uno de ellos y el tipo de Mercado. Si fuere así, se le daría un contundente golpe a la omnipotente y omnipresente rosca.

7. Crear un Mercado Mayorista de la carne y uno o dos del pescado, por las mismas comprensibles razones del punto anterior.

8. Crear los Centros de Acopio de campesinos y de pequeños y medianos empresarios o apoyar decididamente los existentes, según el caso, como una manera de fortalecer el poder de negociación de estos grupos frente a los diferentes oligopolios que nos ahogan por igual a productores y consumidores.

9. Diseñar un programa para evitar las pérdidas de productos que ocurren desde que éstos son cosechados hasta que llegan al consumidor, que en el caso de algunas hortalizas llegan a ser hasta del 50%, y en el de cereales y otros perecederos asumen proporciones relativamente importantes. Pareciera que lo único relevante es mostrar cifras de producción mayores cada año, cuando, con toda seguridad, con las mismas cantidades producidas se podría alimentar a una mayor cantidad de personas o más barato a igual número de individuos.

10. Definir, de una vez por todas, un patrón de consumo para la sociedad venezolana, que cumpla por lo menos con estas tres condiciones: que llene todos los requerimientos nutricionales establecidos por la moderna dietética; que sea satisfecho, en la medida de lo posible, con productos tropicales de fácil obtención nacional y que sea lo suficientemente económico como para que

toda la población tenga acceso a él. Esto no quiere decir, por supuesto, que debamos someternos a una especie de autarquía culinaria, sino más bien garantizar para las grandes mayorías una alimentación sana, completa y barata.

11. En relación con lo anterior, un buen comienzo podría ser convertir al arroz en el pivote de la política cerealera, a través de un programa específico para este cereal que comprenda desde el cultivo hasta la comercialización, pasando por el procesamiento, la investigación, las mezclas con otros cereales y difundiendo ampliamente sus diferentes usos culinarios. Técnicamente se conocen las enormes ventajas agronómicas que existen en nuestro país para cultivar arroz; infinitamente mayores que para el maíz y el sorgo, cuyos rendimientos y consecuentes costos por kilogramo así lo demuestran. Sin embargo, por razones que el Gobierno debería explicitar, se ha preferido auspiciar éstos en vez de aquél.

12. Establecer un programa de creación de pequeñas y medianas agroindustrias en las propias zonas de producción y en manos de los agricultores. Eso permitiría —en los casos de materias primas— transportar productos elaborados o semiprocesados, con el consecuente descenso en los costos, al evitarse gran parte de las pérdidas en que se incurre cuando se acarrean productos frescos, por una parte; y, por la otra, se abrirían fuentes de empleo en el campo a la par que se mejoraría el ingreso rural.

13. Establecer para la Agroindustria y el Agrocomercio unos márgenes de ganancia que, siendo, decentes —y aún atractivos— sustituyan a los escandalosamente altos a que nos tienen acostumbrados. Con ello, podrían mantenerse los precios a los productores y bajar para los consumidores.

14. Proceder, aunque sea con toda la prudencia, timidez, tacto, sensatez, cordura, discreción, ponderación y tino, que el caso amerita, a hacer una redistribución del ingreso real, tal como ya, al parecer, lo ha hecho Alan García en el Perú. (Business Week. Dic. 22, 1986). Esa sería la única vía segura para que toda la población pueda no solamente alimentarse convenientemente, sino soportar el crecimiento de una agricultura de costos elevados que, por lo demás, dada nuestra estructura económica, seguirán creciendo ineluctablemente.

15. El Gobierno —o los Gobiernos— deberían conformar equipos de trabajo agrícolas permanentes, que estén por encima de los vaivenes de la política diaria. Los grupos deberán ser de investigación y programación a mediano y largo plazo. Es bueno que se sepa, por ejemplo, que la Comunidad Económica Europea ya tiene elaborado un plan agrícola para los años comprendidos entre 1987 y 1991; plan que se va actualizando a medida que pasa el tiempo.

16. Establecer mecanismos no sólo para mejorar la cantidad y calidad de la investigación que se desarrolla tanto en los organismos dependientes del MAC como en las diferentes universidades, sino para llevarla de alguna manera a los agricultores, pues esta labor de difusión se ha dejado, en exclusividad, al arbitrio de las transnacionales y sus sucursales criollas.

Estamos absolutamente seguros de que muchas otras proposiciones se podrían incorporar a las acá esbozadas y conformar con ellas, después de una amplia discusión, un sólido cuerpo de política que permitiría solucionar, en gran parte, tanto los problemas que enfrenta la producción agrícola como el pueblo consumidor. No obstante, somos bastante escépticos, porque también entendemos que para resolver las situaciones planteadas, si bien se requieren conocimientos técnicos, hace falta, sobre todo, no una revolución y un cambio de sistema —que sería mucho pedir—, pero sí una dirigencia en las altas esferas del estado y en los dos partidos de gobierno que pudiera establecer una cierta distancia con los grupos oligopólicos ¿nacionales? y una alianza con los pequeños y medianos productores de la ciudad y del campo; que promueva una estrecha asociación con los trabajadores y el pueblo, en general, y que tenga una posición más digna ante la banca transnacional y los factores exteriores de poder. Con esto bastaría.

